

detendrá su empuje, ningún sortilegio conjurará su idea. Por fin llega en aquel desvarío hasta la reja colosal que cierra la última entrada en el castillo y patio del centro, intimando la rendición, como si fuera él un Dios y le siguiese un ejército. Había dentro, según la cuenta de Michelet, un pelotón de inválidos y otro de suizos, doscientos entre todos. Los suizos no se conmovieron á la intimación, resueltos, como tristes máquinas, á disparar sus fusiles contra el audaz, en observancia de sus ordenanzas y en cumplimiento de sus obligaciones militares, mientras los Inválidos llegaron á enternecerse y en su enternecimiento á interesarse para que no comenzara el fuego. Un océano venía, un océano de gentes, sobre cuyas cabezas espeso bosque de picas se agitaba y erguía. El gobernador, conmovido á las súplicas de los Inválidos, aun creyó posible que aquel pueblo, por amor al Rey, le diese guardias para defenderle y preservar la Bastilla del asalto de la revolución. Pero como uno de los caudillos revolucionarios se dirigiese, hacha en mano, á la puerta; los Bastiones hicieron fuego y sembraron la muerte y la desolación entre los populares. ¡Pobres gentes estas! Por más que disparaban y disparaban, los infelices no hacían daño alguno dentro. No se puede, no, expresar la indignación que sobrecogió al pueblo cuando vió llegar los heridos en camillas y entre los heridos los muertos. Así creyeron posible conmover la guarnición proponiéndole que asociase hombres del pueblo á la fortaleza. En requerimiento de tal resultado expidieron dos comisiones. La primera iba sin acompañamiento ni llamativas señales, y no las vieron los de adentro. La segunda llevaba insignias y cortejo: la vieron pues, mas la derribaron á tiros. Así el pueblo concluye por irritarse hasta la locura; y ataca el fuerte con furor, creyendo en la imposibilidad de una resistencia. Sin embargo, murieron ochenta de los que asaltaban, y más de ochenta fueron heridos. Los suizos disparaban con la indiferencia de una fuerza ciega natural, implacables y fríos como la muerte. Pero los guardias franceses se apiadaron tras cinco y más horas de combate, pidiendo que no continuase aquella carnicería ya, pues la creían inútil. Por fin, ante los estragos de aquel fuego, las súplicas de los franceses metidos en la Bastilla rinden la terrible impasibilidad de los suizos que disparan ardientes balas como el volcán encendidas piedras. Eran las cuatro de aquella tarde cuando los oficiales franceses pidieron al gobernador la rendición, dictada, no por haber duda sobre los resultados de una lucha mantenida desde inexpugnables fuertes, por amor á Francia que perdía en tal empeño sus mejores hijos. Launey no supo qué hacer: la compasión por los heridos y la pena por los muertos combatían en su ánimo con las voces de su deber militar y con los hábitos de su obediencia pasiva. Pero al fin se rindió. El gobernador entregó la Bastilla. Salieron los crueles guardias suizos sin que nadie les molestara y entraron los populares, abriendo los calabozos y libertando los presos. Este día se parece al día en que la rendición cristiana descendió al abismo donde yacían los antiguos patriarcas y los llevó á la gloria celestial. Parecían los calabozos abiertos como panteones reanimados al soplo del espíritu nuevo y los cautivos arrancados á las cadenas ya rotas y fundidas,

como redivivos cadáveres. El pueblo se desquitó de todo aquello que habían hecho contra él, creyendo vengadas sus doscientas víctimas con despedazar al gobernador, y poner sobre una pica su cabeza. Tal es la guerra, cruel y pésima y reprobable, aun esgrimida, como en este caso, por el bien universal y por el humano progreso.

Al rendirse la Bastilla, el viejo mundo se ha rendido con ella. Las sombras de las fortalezas, las cadenas de los puentes levadizos, los calabozos donde sepultan á los vivos, la vieja fidelidad caballeresca de los gentiles hombres. El estruendo de los cañones, las amenazas, las resistencias heroicas, los ejércitos inquebrantables, todo ha cedido, porque todo lo ha envuelto en su alma inmensa como en nube maravillosa la idea encendida por tantos siglos, y propagada de mente en mente hasta descender como un relámpago al abismo, donde se agita el pueblo. Luis XVI, vencido y desconcertado, le pregunta á uno de esos pocos servidores que dicen la verdad á los Reyes:—«¿Vienes de París? ¿Lo sucedido allí es una revuelta?—No, señor, es una revolución.» Efectivamente, era una revolución. Después de tomada la Bastilla puede asegurarse que estaba muerta la sociedad antigua. Así, la Asamblea Constituyente en la noche próxima al 14 de Julio en la noche inmortal del 4 de Agosto, coronó y cerró todo este período, suprimiendo de raíz el feudalismo, y proclamando como decálogo del nuevo mundo social los derechos fundamentales del hombre. Se había definitivamente consumado una revolución. La Bastilla tomada y derruida, quería decir la revolución vencedora ya definitivamente, y apoderada de la piedra fundamental, donde las viejas instituciones se asentaban y erguían ¡Cuán intenso el furor iconoclasta de las revoluciones! Cuando los griegos entraban allá en los templos asiáticos, siguiendo la fantástica carrera de Alejandro, destruían los ídolos orientales, sin adivinar que eran padres de sus propios ídolos. Cuando los cristianos sucedían á los antiguos sacerdotes, soterraban las efigies de las divinidades eclesiásticas, que más tarde servirían de modelo á sus propios pintores para trazar los Cristos, las Vírgenes y los Bienaventurados. Cuando la Reforma, la Religión del Renacimiento, sucedió al Catolicismo la religión de la Edad Media, hizo de las antiguas catedrales góticas como naves desarboladas y encalladas. Cuando la revolución, es decir, la renovación del derecho sobrevino, cebóse en los castillos, como las precedentes revoluciones en los templos; y entre los castillos, ninguno tan execrable como el que atormentara y contuviera las víctimas de los Reyes, ninguno tan execrable como la Bastilla. Imposible que el foso, línea divisoria de las clases sociales, se colmara; que la torre del homenaje, signo de la servidumbre de unos y de la soberbia de otros, se cayera; que la horca, donde pendían los esqueletos de los villanos mondados por los cuervos, se acabara; que el calabozo, la ergástula de los últimos esclavos, se hundiera, quedando ella de pie, como la clave de todas aquellas tiranías, amenaza perdurable sobre los pueblos. Muchas columnas miliarias hay en la Historia que señalan los caminos del género humano y las diversas direcciones tomadas por el humano espíritu en el tiempo. Aquí las Pirámi-

des, de cuyas cúspides bajan tantas ideas á la conciencia como arroyos y rías de las niveas montañas al valle hondísimo; allí el Parthenón, cuyas armoniosas proporciones señalan que la geometría del pensamiento se ha impuesto á la fatalidad de la naturaleza; más allá el Capitolio, el cerebro del mundo, la primer aparición de la idea de la humanidad sobre la tierra; acullá la catedral gótica con sus cresterías y con sus agujas y con sus cúpulas, como para demostrar que el género humano, cuya unidad material ha sido proclamada por el derecho y cuya unidad espiritual por el cristianismo, ha crecido tanto que puede bogar entre coros de ángeles é iris de ideas místicas hacia lo infinito. Pero ninguna de estas piedras miliarias señala una época verdaderamente creadora, como la columna erigida sobre la plaza de la Bastilla, á pesar de hallarse consagrada por el Estado á una sola incidencia de la revolución universal, tan secundaria como el movimiento de Julio. Bien puede asegurarse que á un lado está el privilegio y á otro lado el derecho; que á un lado el señor feudal y á otro el ciudadano moderno; que á un lado la proterva edad de los Reyes y á otro lado la santa edad de los pueblos.



CAPITULO VIGÉSIMO-NONO

La universalidad del terror en las revoluciones sociales.



omo con la toma del fuerte ó Bastilla, donde creían las muchedumbres que se anidaban los privilegios, empieza el combate cruentísimo entre los elementos sociales, y, por consecuencia, el terreno, hay que pararse á considerar este fenómeno gravísimo, para saber si es propio únicamente de la revolución francesa ó connatural á todas las revoluciones humanas. Dos grandes hechos de la Historia universal, quizá los más beneficiosos á nuestra especie, fuera del Cristianismo, alcanzan el triste prestigio de pasar á la posteridad, considerados como sanguinarios, inhumanos, crueles, el descubrimiento de América, hecho por los españoles, y la revolución universal, hecha por los franceses. Al ver cómo tratan los historiadores la indispensable apropiación de Nuevo Mundo á la cultura cristiana, y el advenimiento de la democracia continental, cualquiera creería que todas las conquistas y todas las revoluciones podían presentarse inmaculadas ante la conciencia pública, y que todos los innovadores en la redondez del planeta y en la carrera del tiempo habían sido ángeles sin mácula de pecado y error en sus almas y en sus manos sin mácula de sangre. No trato yo de disculpar los crímenes cometidos por los descubridores en América, ni los crímenes cometidos por los revolucionarios en Francia: repruéboles y anatematízolos con toda la indignación de mi alma, como he reprobado siempre todas las violencias; pero me opongo á que trate una conjuración horrible contra la verdad histórica de presentarlos como excepciones monstruosas nunca igualadas en la Historia. Impera, como una ley universal, en este bajo mundo, el